

El Bestiario

Sebastián Eckart

Image not found.

Capítulo 1

Entre desconocidos

Capítulo I

Mi pieza está igual de desordenada que mi cabeza. Parte de mí aun la extraña, pero cómo quisiera no hacerlo. Me amarga la idea de que su fantasma ronde en mi cerebro. Me fastidia el sólo hecho que ella esté con otro hombre y yo no sea capaz de poner mi vida en orden. La soledad es mi única compañía en esta habitación llena de cosas que en el algún momento importaron... Si tan solo pudiese ponerle fin a todo esto, si tan solo pudiese darme una oportunidad para volver a ser feliz, quizás la vida no sería una tortura, mucho menos una paja tener que vivirla. Sin embargo... ¿Quién soy yo para darme otra oportunidad? Nadie.

Una repisa con proyectos incompletos me mira con impaciencia e ira, y no puedo hacer más que comprenderla. Sueños desechos y estancados, entusiasmo tirado a un cementerio de ideas hecho de madera sin barnizar. Ese mueble verdaderamente siente vergüenza de ser lo que es: un bote de basura que se pudre más lento que quien lo creó. Sabe que vivirá para contar mis historias incompletas después que yo me vaya a nosédonde.

Mi pluma pesa una tonelada cuando una idea cruza mi cabeza y añora plasmarse en papel deseoso de ser usado. Mi cabeza pesa dos toneladas cuando una idea siquiera cruza mi cabeza. La cama es mi terapeuta, me cobija entre sus tentáculos de seda y me da el calor que ella solía darme en su momento. En sus cuatro patas se alza la torre que me vio alguna vez amarla como nadie lo haría, ahora solo quedan los restos de una civilización que no previó su extinción.

Fui tan tonto en pensar que siempre estaría a mi lado, fui tan tonto en pensar que siempre tendría alguien a mi lado. Fui tan tonto en pensar que mi vida podría reconstruirse algún día. Fui un inepto, un imbécil, un cretino, un absoluto pedazo de mierda que ni siquiera merece ser cagada.

El eterno resplandor desaparece de mi ventana a medida que el reloj avanza. Las horas pasan y mi vida se desvanece con ella. ¿Dónde está aquella esperanza que alguna vez me hizo ponerme de pie? Esa noche obviamente no la encontraría en mi tumba con paredes blancas y mohosas. Las almas en pena tienden a vagar y lo mismo quería yo hacer. Tal vez podría asustar a un par de personas en mi camino a buscar algo que saciara mi apetito calmado con agua y comida enlatada.

Tomé mi polerón favorito y partí. Las luces parpadeantes del poste frente de mi casa me señalaban que algo podría haber en una bolsa de basura dejada por mí en la mañana. <<La basura de algunos puede ser el tesoro

de otros>> pensaba. Saqué mi cuchillo de mi bolsillo y con impaciencia corté el nudo. No quería nuevos accidentes. Entre ropa y algodón, un libro se asomó como por descuido. No tenía título, su tapa y contratapa eran completamente verdes. No olía a nada, estaba helado, al parecer había muerto hace ya algún tiempo. Cuando me aventuré a abrirlo, las primeras páginas lucían una palidez cadavérica que me espantó. Quise soltarlo, pero mi alma me suplicó que lo recorriera hasta el final, recordándome que completara algo por primera vez en mi vida.

Las siguientes hojas estaban llenas de garabatos, corazones destrozados y bosquejos de historias que me avergüenzo haber escrito. Todas de amor y desamor, todas de esperanza y resignación, todas de alegría y tristeza. Cuando me acercaba a la última página, encontré una frase que no recuerdo haberla escrito.

<<La dualidad es la razón por la que el ser humano existe. Imagínate, es tan imperfecto que necesita de dos para lograr ser uno, y ni siquiera lo alcanza a ser>>

Con rabia pateé la bolsa desmembrada. Corrí a la reja que separa mi pasaje del resto del mundo y lancé el cuaderno a la calle. Me quedé observándolo mientras los vehículos, uno por uno, acababan con su vida. Por dentro reía, disfrutaba verlo sufrir. Por primera vez sentí lo que el mundo siente cuando lloro en la profunda oscuridad de mi pieza. Era agradable ver algo más desdichado que yo al fin, después de tanto tiempo. Una vez sacié mi morbosidad, abrí el portón y caminé hasta que las calles fueran desconocidas. No quería que nadie que me conociera me viera en aquel estado. Aun cuando yo quería evitarla la gente me evitaba ¿quién en su sano juicio quiere tropezarse con una sombra que te recuerda que existe la muerte y la locura?

Mientras más lejos estaba de mi pieza, mayor era mi tranquilidad. La noche se despejó a medida que mis pies se cansaban de caminar en una acera llena de peñascos y cigarros a medio fumar. Quise buscar lo único que me ayudaba a escapar de mi prisión, de mi tártaro. Cuando introduje mi mano en el bolsillo el cuchillo me apuñaló la espalda de mi mano hábil. El rojo carmín brotó como si no hubiera mañana. No me dolía, hace tiempo que mi cuerpo no sentía, parecía haber muerto antes que mi cerebro lo supiera. La paradoja era perfecta. La traición de aquella hoja de metal me dolía en lo profundo de mi ser, de mi ego. Cansado de ser siempre la víctima del desenfado, tomé enrabiado al malhechor y lo lancé con rabia al techo de una casa con las luces apagadas. Las almas que me observaban rápidamente sacaron sus celulares. Estaban confundidos, no sabían si debían grabar o llamar a la policía. Entre todos se pusieron de acuerdo, los de la izquierda hicieron lo primero, mientras los de la derecha hacían lo primero igualmente. Parecía más importante inmortalizar el espectro antes que intentar calmarlo con la fuerza. Me reí de su desgracia a carcajadas. Palabras querían brotar como la sangre que salía del dorso

de mi mano, pero había olvidado cómo hablar, había olvidado incluso lo que eso era y para qué servía.

¿Para qué sirve hablar? Me pregunté mientras me alejaba del lugar a paso lento para que sus cámaras enfocaran bien el rostro y el contorno de una persona decrepita. "Hablar no sirve de nada", me repetía "... lo único que logré siempre fueron excusas y mentiras escondida en la dulce melodía de un amor falso e infecundo".

Las personas se cansaron de seguirme luego de un rato y las calles me eran aún más desconocidas que antes, sin embargo, las luces me parecían familiares. Un carro de comida rápida se alzaba en la penumbra de un parque que pocos solíamos recorrer de noche. La desesperanza se olía en el aire. Me quise acercar, pero mi traje mundano terminó por apartar a todos menos a una persona. Sumida en una paz interior mezclada con profunda tristeza, me llamó la atención su mirada perdida en la luz de la luna que se asomaba entre las ramas de los árboles.

No me gustaba ver a la gente sufrir, siempre pensé que nadie merecía sufrir más que yo y, por lo mismo, me conmovió. Quise acercarme, pero recordé como me veía. No era digno de que un ser que ya era nada se acercara a hablar con una persona que parecía ser todo. Quise pasar desapercibido, por lo que seguí mi camino hacia nosédonde.

Súbitamente sus ojos bajaron del cielo y se clavaron en mí, no tardó en ver que mi mano derecha estaba profundamente cortada y que mi pantalón plomo estaba teñido de rojo. La miré de reojo, evitando aquel contacto visual inepto que la incomodaría, lo que menos quería era distraerla de su trance.

-¿Qué te pasó? -me preguntó con voz tierna y suave. Su timbre me descolocó, me despedazó, me destruyó en mil y un pedazos.

-Nada -respondí sombrío y tajante. Al ver que una palabra brotaba al fin de mi boca una sonrisa se esbozó entre sus labios teñidos de un rosado pálido.

Fulminado por aquella calidez, por mi rostro cayó una lágrima tímida que, después de tantas noches, no era de pena.

-No seas tonto -me dijo entre risas- ¿con qué te cortaste?

-Con nada -le contesté a secas. Cansado de las preguntas, quise alejarme, pero no pude hacerlo.

No podía dejarla ahí, sola y triste. Su carisma me recordaba a como era yo antes de que todo pasara, ella igualmente era capaz de falsear una sonrisa aun cuando por dentro estaba destrozada. Era capaz de llevar los

problemas de todos los demás menos los suyos. Acercándome con pasos débiles y temblorosos, mi corazón latía más rápido y fuerte por cada centímetro que me acercaba. ¿Será esta una oportunidad donde sería útil mi mísera existencia?

-¿Qué te pasó a ti? -le pregunté mientras, sin mediar palabras, su cuerpo se movía para ocupar el lado izquierdo de la banca. Instintivamente me senté a su lado.

-Quise salir a observar las estrellas, es una de las pocas cosas que me calman cuando pierdo mi cabeza.

-Tu cabeza sigue encima de tus hombros -le respondí-, así que no has perdido absolutamente nada.

Una sonrisa nuevamente se volvió a dibujar en su rostro y esta vez no me aguanté, la miré directamente para asegurarme que era verdadera y no un invento de mi inepta imaginación. Su cabello largo y oscuro reflejaba la luz de la luna y las estrellas, su tez pálida iluminó mi muerto corazón mientras sus ojos, castaños y fulgurosos, me bañaban con una sincera y sagrada alegría. Su nariz respingada me parecía perfecta mientras se alzaba indómita en un rostro perfilado. De su oreja colgaba un pendiente triangular que hacía que su rostro se viera largo y elegante. ¿Quién era yo para hablar con semejante mujer? Nadie, absolutamente nadie.

Aterrado de que mi estado la espantara, aparté mi vista apenas terminé de analizar lo perfecta que ella era. Mi boca no paraba de salivar y mi mente entró en cortocircuito. Nada parecía tener sentido ante la belleza de aquella mujer, que a pesar de ser la más hermosa que jamás había visto, sufría al igual que yo.

La conversación se trabó y el silencio nos invadió por eternos instantes.

-Comprendo -la interrumpí-, me gustaría poder ayudarte, pero tus interrogantes son las mismas que he tenido desde siempre. ¿Sabes que es lo más triste de todo esto? -sus ojos se tornaron hacia mi rostro, como pude evité su mirada, clavando la mía en el cielo- Que la respuesta es de cada uno, por lo que yo no te puedo ayudar a ti ni tú me podrás ayudar a mí.

-Tienes razón.

-Sin embargo, te puedo escuchar y compartir la experiencia que he obtenido en estos rotos veinticinco años de vida.

-Lo mismo digo -me contestó-, puedo compartir mi experiencia de mis

veintiún años de vida.

-¿Qué te pasó? -le pregunté a quemarropa. Si algo me habían enseñado en la universidad es que jamás debía suavizar mis consultas.

-Tengo miedo de no ser lo suficientemente buena en lo que hago, de perderlo todo y quedarme con nada. De volver a mi hogar con las manos vacías, con una maleta llena de pesadillas e incertidumbres -me dijo con voz quebradiza- ¿Tú sabes lo que se siente estar tan cerca de tener todo lo que deseaste y aun así no poder tocarlo con tus propias manos?

-Si. Solía tener un sueño, quizás más de uno, pero mi idiotez pudo más y me rendí a medio camino. Esa es la única forma que conozco de no fallar, aparte de la más obvia que es a la que tú con tanto añoro te aferras aún. Eso es lo bueno de ti, que lo que acabas de preguntar se mantendrá siendo un manantial de dudas y no la fuente inagotable de la mayor certeza que te podrías topar. Mientras tú estás a pasos de cumplir tus sueños, afuera hay personas que se están contentando con lo que las olas de la vida le botaron, que sobreviven, que aún muertas piensan que pueden tener una vida.

-Pero esa es su decisión y, aunque al parecer te molesta que así sea, ellas desean estar donde están y hacer lo que hacen. Nadie les puso una pistola en la cabeza para cambiar lo que son, pero tampoco nadie les puso una pistola en la cabeza para dejar de serlo.

-¿Sabes por qué nadie les hizo eso?

-¿Por qué? -me preguntó impaciente y extrañada.

-Porque finalmente eres tú el encargado de hacerlo. De ponerte la pistola en la cabeza o de atar una soga a tu cuello. Todos dicen que no se puede elegir la forma en que uno morirá, y eso es en parte absolutamente cierto, sin embargo, tú puedes elegir para qué quieres morir. Muchas veces el para qué es un desperdicio, muchas veces el para qué es lo más alto que puede aspirar el ser humano, muchas veces el para qué es lo que te tocó y aceptaste, muchas veces el para qué no existe, muchas veces el para qué no tiene pies ni cabeza. La vida varía entre no tener ningún sentido o tenerlo absolutamente todo. Por eso te digo, aprovecha que para ti aún existe un algo por qué luchar, un sueño que arde en lo profundo tuyo. Aprovecha antes de que la vida te golpee como lo hizo conmigo y la muerte sea la única que te mantenga con vida.

-¿Por qué una persona que no tiene algo se esmera en dar aquello que le falta?

Su pregunta me descolocó. No atiné más que a reír. Sin embargo, ella

continuó:

-Hablas como si te fueras a morir mañana. ¿Qué pasó con tus sueños? ¿Qué pasó contigo que acabaste así?

-Actúo como si fuera a vivir para siempre -le respondí-. Me pesa un pesado pasado, errores que estoy dispuesto a repetir una y otra vez en mi cabeza hasta el día en que mi alma abandone mi cuerpo.

-Hagamos un pacto -me dijo volteándose hacia mí, mirándome a los ojos-, juntémonos mañana en la tarde en este mismo lugar y seamos dos personas completamente distintas a las que se encontraron hoy. Tú serás el mismo que fuiste antes de que te pasara todo lo que te pasó y yo seré la misma que fui antes de que todo me pasó.

-Trato hecho -le respondí de inmediato- ¿Cuál es tu nombre?

-Susana.

-Yo me llamo Sebastián, gusto en conocerte.

Los dos volvimos a casa, prometiendo reencontrarnos.

Llegué a mi pieza y todo estaba ordenado. La puerta no había sido forzada, nadie había entrado. ¿Quién habrá sido capaz de armar la pieza de un recluso de su propio destino? Sea quien fuese, le estaba profundamente agradecido. Susana era la serendipia que mi futilidad necesitaba, la leña para que mi motor eléctrico volviera a funcionar. La insensatez me dio tregua durante la noche, pudiendo conciliar el sueño hasta que el hambre me despertó pasado el mediodía.

Me paseé por una cocina que jamás había visto tan limpia. La despensa estaba llena, el refrigerador igual. Por primera vez no sabía que comer por variedad, no por escases. La bonanza golpeaba la puerta de mi hogar una vez más, como si se tratara de un sueño del cual jamás quisiese despertar. Tomé una manzana y mientras la mordía sentía que los recuerdos volvían a mi memoria, negros y opacos, pero teñidos de una luz de esperanza. Ese día no fue como cualquiera, desgraciadamente.

Mientras me duchaba, impulsos por contarle la verdad me invadían. Tal vez sería bueno partir algo sin mentiras, después de todo, lo que parte mal termina aún peor. Si se lo iba a contar, que fuese con las mejores prendas posibles. Si la iba a hacer partícipe de todo esto, lo mejor que podría hacer es evitarle una mala impresión. De nadie pasé a ser quién verdaderamente era por primera vez en la vida. Una vez estaba listo, la impaciencia me tomó por sorpresa, por lo que hice aquello que prometí no hacer: abrí la puerta de mi casa y me senté en la banca que en la madrugada nos había acompañado. Los minutos pasaban lentos y la

presión aumentaba, confiaba en ella sin siquiera haberla conocido, y mis labios estaban que desbordan por contarle absolutamente todo de mí, todo, incluyendo aquello.

Adelanté el tiempo con alevosía hasta que su figura se dejó entrever en el mi horizonte. Iba a decirle que estaba hace rato esperándola, pero habría sido una mentira. No quería mentirle.

-Susana ¿Cómo estás? -me apresuré a saludarla.

-Muchísimo mejor ¿y tú? -me respondió sonriendo.

-Puedo decir lo mismo. Antes que me digas nada, quiero contarte un par de cosas sobre mí.

-Dime

Su belleza me perturbó como nunca nada antes lo había hecho. ¿En serio sería yo capaz de develarle mis secretos a aquella musa perfecta? ¿Tengo cara para llamarla imperfecta en mi perfecta imperfección?

-Durante mis años de estudiante en la universidad, decidí ponerle un alto a todo y retirarme a pensar sobre la vida. Fue un tiempo infructuoso, principalmente porque lancé mi futuro por la ventana. Mis padres no pudieron soportarlo, mi antigua novia se fue con otro hombre por la misma razón y yo caí rendido a mis pies.

-Debió ser difícil -me dijo con una mezcla de pena y alegría.

-Si, lo fue. Ha pasado hace tantos años y aún no puedo olvidarlo.

-Son cosas que no olvidarás de un día para otro.

-Por supuesto que no, son cicatrices que no puedo borrar. Eso es lo bueno de ser humano, Susana. Que los daños llegan y pasan, tienen en su cabeza implantado el pensamiento de que el infinito les será por siempre infinito, inalcanzable, inimaginable. Pero cuando los tormentos de una vida entera se repiten una y otra vez, el tiempo finito se transforma en infinito.

-No entiendo de lo que me hablas.

-Está bien que no me entiendas. Después de todo, ni yo entiendo la complejidad de este tejido que llaman universo. No es mi intención juzgar tu imperfección, pero la envidio completamente.

-No entiendo de lo que me hablas.

-Susana, soy inmortal.

-Mentiroso.

-Si te mostrara todas las cicatrices que llevo en mi cuerpo te sorprendería, pero he aprendido a esconderlas desde que nací. En un principio no sabía lo que hacía, cuando lo comprendí decidí cuestionarlo y cuando lo cuestioné no me parecía que existiera lógica. Odie al que me creó, aun lo odio y juré vengarme, pero se escondió para siempre.

-¿Dónde se escondió? -me preguntó aterrada

-En lo más profundo de mí, en un lugar donde jamás podré alcanzarlo.

Continuará...